LEON
TROTSKI

4 (121-15)

EL TRIUNFO DEL BOLCHEVISMO

CON LA SEMBLANZA DEL AUTOR, SUS IMPRESIONES DE ESPAÑA Y SU ACTITUD RESPECTO DE LA INTERNACIONAL

BIBLIOTECA
NUEVA
MADRID

INDICE

Páginas

LEON TROTSKY. (Recuerdos e impresiones) .. 9
Mis impresiones de España 29
Los partidos socialistas rusos 41
PRÓLOGO DEL AUTOR 51
I.—La revolución rusa 55
II.—La cuestión de la guerra 63
III.—La campaña contra los bolcheviques 68
IV.—La ofensiva del 1.º de Julio 74
V.—Los días críticos 84
VI.—Después de las jornadas de Julio. 94
VII.—El levantamiento de Kornilov ... 97
VIII.—La lucha en el interior de los soviets 102
IX.—La conferencia democrática 110
X.—Dificultades en el frente y en el interior 114
XI.—La inevitable lucha por el poder. 117
XII.—La lucha por el Congreso de los Soviets 121
XIII.—El conflicto acerca de la guarnición de Petrogrado 124
XIV.—El Consejo democrático y el Parlamento provisional 130

XV.—Los socialistas revolucionarios y los mencheviques 134
XVI.—La voz de los combatientes 140
XVII.—Los comisionados del Comité Militar revolucionario 144
XVIII.—Marea creciente. 150
XIX.—La jornada del soviet de Petrogrado 154
XX.—La conquista de los vacilantes. . . . 159
XXI.—El principio de la insurrección. . . 162
XXII.—La jornada decisiva. 171
XXIII.—Formación del Consejo de Comisarios del pueblo. 177
XXIV.—Los primeros días del nuevo régimen. 181
XXV.—El levantamiento de los alumnos militares 187
XXVI.—La marcha de Kerensky a Petrogrado. 191
XXVII.—El fracaso de Kerensky. 198
XXVIII.—Divergencias interiores. 209
XXIX.—El sino de la asamblea constituyente. 216
XXX.—Los principios democráticos y la dictadura del proletariado. 222
XXXI.—Las negociaciones de paz. 229
XXXII.—La segunda guerra y la firma del Tratado de paz 255
CONCLUSION 262
TROTSKY Y LA INTERNACIONAL. 265

LEON TROTSKY

EL TRIUNFO DEL BOLCHEVISMO

CON UNA SEMBLANZA DEL AUTOR, SUS IMPRESIONES DE ESPAÑA Y SU ACTITUD RESPECTO A LA INTERNACIONAL

(TERCERA EDICIÓN)

BIBLIOTECA NUEVA
LISTA, 66. — MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION FONDO GENERAL

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION

EN la polemica con que, en todos los países, atruenan el espacio los amigos y adversarios del bolchevismo, faltaba por oír una voz: la de los fundadores y paladines de esta nueva doctrina política.

A subsanar tamaña omisión viene el presente libro, de una oportunidad y una importancia tan difíciles de superar, como que está escrito por Trotsky mismo y su objeto es, no sólo historiar el movimiento revolucionario, a cuya cabeza estuvo el autor, sino también, como éste declara, dar a conocer al proletariado universal el exacto y verdadero sentido del bolchevismo ruso.

La obra de Trotsky ha aparecido ya en diversas lenguas y no es aventurado suponer que se traducirá a todas.

La primera versión que se publica en castellano es la nuestra. Para hacerla hemos tenido a la vis-

ta la edición rusa y las traducciones inglesa y francesa. Hay, sin embargo, importantes diferencias entre aquéllas y la que nosotros tenemos el gusto de ofrecer al público de habla española. Las ediciones rusa, inglesa y franceea se limitan a dar el texto de Trotsky, y nosotros le hemos adicionado unas notas aclaratorias de pasajes que para el lector no ruso podrían resultar oscuros. Además hemos agregado una noticia de los diferentes partidos rusos y de su respectiva ideología para que se comprendan mejor las referencias que de ellos hace Trotsky a través de su obra.

Este tomo nuestro lo avalora también una interesantísima semblanza del autor, trazada por el ilustre escritor ruso señor Tasin, en la actualidad residente en España y antiguo compañero del famoso revolucionario. Siguen a la semblanza unas curiosas páginas en que, con tono humorístico, cuenta Trotsky sus impresiones de España, donde estuvo en 1916. Y al final hemos recogido unas manifestaciones recientes en las que define su actitud y la de los bolcheviques rusos con respecto a la Internacional, tema candente que hoy apasiona y divide a los socialistas de toda Europa.

Con todo ello ha querido la Biblioteca Nueva

hacer un volumen que contribuya a informar al lector sobre las cuestiones y problemas que hoy solicitan la primacía de la atención mundial.

1904, después de una estancia de diez y ocho meses en Siberia, pude escaparme sin despedirme de los gendarmes, como se dice en Rusia, y sin pagar mi cuenta al gobierno ruso, al que quedé debiéndole diez años y medio de presidio.

Después de vencer una porción de obstáculos, llegué, seis semanas después, a Berlín. Y la primera cosa que me propusieron mis amigos, fué ir a una conferencia que daba Trotsky.

—¿Pero está en Berlín?

—Sí. Y esta tarde dará una conferencia sobre Lasalle.

¡Trotsky hablando sobre Lasalle! No cabía duda de que el destino me era muy favorable.

Aquella noche tuve el gusto de conocer a Trotsky. Nuestra conversación giró alrededor de la vida en Siberia y de mi fuga. Todo el tiempo que duró nuestra charla estuvo con sus ojos fijos en mí, como si quisiera tomarme medida. Yo también le estudiaba con la mirada. Me produjo la impresión de un hombre fuerte, orgulloso, duro, tenaz, implacable. Sus labios finos y apretados, sus cejas fruncidas sobre los ojos fríos y penetrantes, todo su rostro nervioso y expresivo revelaban un carácter más que batallador, agresivo.

En su cara había algo de mefistofélico: sus facciones descarnadas, su alta frente, su mirada aguda, su barba móvil, adornada con una pequeña perilla, me recordaban la cabeza de Mefistófeles, obra del célebre escultor ruso Antokolsky.

A los pocos minutos Trotsky subió a la tribuna. La sala estaba llena de un público bullicioso. El conferenciante, con un gesto imperioso, hizo el silencio y comenzó a hablar. Desde las primeras palabras se vió que era un verdadero orador, dueño del arte de dominar a su auditorio. Hablaba con extraordinaria facilidad, sin consultar las notas que tenía sobre la mesa. Las frases se sucedían redondas y perfiladas, en orden perfecto, llenas de brillo. De vez en cuando levantaba la voz, y entonces sus palabras semejaban un fuego de artificio que caía en estrellas de colores sobre los oyentes. Era un orador artista, quizá más bien un artista que un orador.

Mi impresión de que Trotsky es un artista se confirmó a medida que fuí conociéndole. Es un artista siempre y en todos los momentos. Los estrados de los círculos políticos, las tribunas de los mítines populares, hasta las barricadas, son para él como un escenario teatral. Y hasta en las

barricadas compone cuidadosamente sus posturas y sus gestos.

Unos meses después encontré a Trotsky en Ginebra, que en aquella sazón era la residencia preferida de los emigrados políticos rusos. Se agrupaban en torno de Plejanov, Lenin, Martov, Vera Zasulich, Chornov. Casi todos vivían en la miseria más negra. Pero aunque comían poco, no por eso dejaban de apasionarse por las cuestiones políticas y sociales. Aquellos estómagos vacíos discutían incansablemente sobre los medios más eficaces de acabar con el antiguo régimen.

La colonia rusa estaba muy dividida. Había tres partidos: social-demócratas, socialistas-revolucionarios y anarquistas; todos ellos, a su vez, se dividían en fracciones hostiles; especialmente reñían entre sí las dos fracciones del partido social-demócrata, es decir, los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, y los mencheviques, acaudillados por Plejanov y Martov.

Trotsky no se adhirió ni a los bolcheviques ni a los mencheviques. Formó una tercera fracción que se llamó *primirentzi*, es decir, de los pacificadores. Pretendía restablecer la paz entre los partidarios de Lenin y los de Plejanov; pero, en vez

de pacificar, atacaba con extremada violencia a los unos y a los otros, y las luchas intestinas, en lugar de cesar, iban creciendo. En vez de dos frentes de combate, el partido social-demóccrata tuvo tres. Lenin luchaba no sólo contra Plejanov y Martov, sino también contra Trotsky, a quien calificaba de demagogo y de aventurero revolucionario; Trotsky fulminaba contra Plejanov y Lenin; Plejanov atacaba a Lenin y Trotsky, y todos juntos discutían encarnizadamente con los socialistas-revolucionarios y los anarquistas.

Por esta época Trotsky representaba ya un papel importante en el movimiento revolucionario. Sus discursos y folletos tenían excelente éxito; pero ¡ay! casi solamente entre los emigrados rusos del extranjero. La literatura socialista, fabricada en Ginebra y en París, no pasaba a través de la frontera rusa más que gota a gota, como agua a través de una muralla de piedra. Para que no tuviesen mucho peso, los folletos y periódicos se imprimían en papel finísimo, casi como el de fumar. Un destacamento de contrabandistas-revolucionarios hallábase siempre cerca de la frontera, buscando los medios de hacer por cualquier parte una brecha en la muralla, bien guardada por

soldados y gendarmes. En algunas ocasiones conseguían establecer, mediante fuertes cantidades de dinero, buenas relaciones con los gendarmes, y entonces millares de kilos de literatura revolucionaria y hasta los revolucionarios mismos, pasaban al otro lado de la frontera, como el agua en la primavera después de haber roto los diques que la aprisionaran.

Un día recibimos la noticia secreta de que en Novoselitzi, lugar situado en la frontera ruso-austriaca, nuestros compañeros habían conseguido «comprar» a los gendarmes, con su jefe, y que, por consiguiente, había que dirigir allí toda la «mercancía» y los hombres. Por aquel tiempo nuestros fabricantes de pasaportes falsos tenían mucho que hacer. Yo salí para Londres y compré allí un centenar de pasaportes de compatriotas que se dirigían de Rusia a América y que, por lo tanto, no iban a necesitar aquellos documentos. El precio de esos pasaportes oscilaba entre cinco y quince chelines.

Estábamos casi en vísperas de la revolución de 1905.

Con uno de esos pasaportes, a nombre de Ya-

nosvsky, Trotsky salió para Rusia. Semanas después, yo también, con otro pasaporte, artísticamente hecho, tomé el mismo rumbo.

En Petrogrado me encontré con Trotsky por tercera vez. Era en la primavera de 1905. La capital estaba convertida en un hervidero de pasiones políticas. Las terribles derrotas, que los japoneses habían infligido a las tropas rusas en la Manchuria, provocaron la indignación general contra el zarismo. Soplaban nuevos vientos. Las masas obreras preparábanse a la lucha. Millares y millares de folletos y hojas volantes excitando a la revolución, salían de las imprentas clandestinas. Hasta los liberales se daban cuenta de que el gobierno zarista no podía conducir al pueblo más que al abismo.

Trotsky, con su nombre supuesto, derrochaba gran actividad. Con frecuencia le veía sobre tribunas improvisadas en las grandes fábricas de Putilov, de Obujov y otras, exteriormente rodeadas por los cosacos. Sus discursos eran como llamas que lanzaba sobre los obreros. Siempre disfrazado, cada día de una forma, recorría las calles de la capital, tomaba parte en las reuniones del Comité revolucionario, asistía a los mítines, escri-

bía artículos en la prensa clandestina. Y, en medio de ese trajín, permanecía sin perder nunca la cabeza, conservaba siempre su sangre fría, burlaba con acierto a la policía y a los espías.

A fin de Mayo, casi todo el Comité revolucionario de la capital, incluso yo, fuimos detenidos, merced a la delación de un traidor que supo meterse en nuestras filas. Trotsky escapó a la detención por un milagro; dirigíase a la casa donde iba a celebrarse la reunión del Comité, pero ya cerca de aquella casa su olfato extraordinario percibió el «tufo a gendarmes» —y se volvió por donde había ido. Los gendarmes, a pesar de mi disfraz, reconocieron en mí a su antiguo cliente y me declararon que me había llegado la hora de pagar mi deuda al Gobierno, amén de los intereses correspondientes. Me metieron en la fortaleza de Pedro y Pablo, y no pude ver más a Trotsky en Petrogrado. Sólo después de mi nueva fuga de la prisión central de Orel, adonde me trasladaron a principios de 1906, me enteré de que Trotsky representó en octubre de 1905 un gran papel en el movimiento revolucionario de la capital y fué elegido vicepresidente del primer Soviet de los obreros.

La revolución de 1905 fué ahogada en sangre. La reacción se vengabe con inaudita atrocidad del temor que la inspiró el corto triunfo de las masas revolucionarias. Casi todos los jefes del movimiento, que no consiguieron escaparse a tiempo al extranjero, fueron fusilados o encarcelados. A Trotsky le deportaron otra vez a Siberia. Pero otra vez se escapó. Como para burlarse del gobierno publicó entonces un librito muy gracioso, titulado *De ida y vuelta*, en el que describía su viaje a Siberia y su fuga al extranjero. La prensa, incluso la conservadora, vió en este librito un símbolo a pesar de todas las represiones; el movimiento revolucionario acaba siempre por volver.

Transcurrieron años y años. Yo tuve la mala suerte de caer de nuevo en las garras de los gendarmes, pasé dos años más en las prisiones zaristas, me escapé de nuevo y fuí a establecerme definitivamente en París. Durante ocho años no ví a Trotsky: él vivió casi todo ese tiempo en Viena, donde tomó una parte muy activa en el movimiento revolucionario austriaco. Poseía perfectamente el alemán y escribía folletos incendiarios en este idioma.

Pero vino la guera, Trotsky, como súbdito ruso, se vió obligado a abandonar Viena y se dirigió a Zurich. Su estancia en esta ciudad fué de corta duración. En el mes de octubre de 1914, Lunacharsky, el actual ministro de Instrucción pública con Lenin, me anunció la llegada en breve plazo de Trotsky a París. Trotsky acababa de recibir encargo de un gran periódico ruso de establecerse en París como su corresponsal de guerra. Unos días después recibí yo también del mismo periódico idéntico encargo. Había que organizar nuestro trabajo para no coincidir uno con otro, y yo esperaba a Trotsky con cierta impaciencia.

Por fin llegó a París. Se instaló en un pequeño hotel de la calle de Odessa, en el barrio de Montparnase. Me fuí a verle. La habitación era más que modesta; dos francos diarios. Trotsky había ido solo; su mujer y sus dos hijos se habían quedado provisionalmente en Zurich. Su equipaje era también más quc modesto; dos maletas viejas que traían etiquetas de casi todas las principales estaciones ferroviarias de Europa.

Nuestra cuestión se arregló pronto y del modo más amistoso.

—El periódico es bastante rico—me dijo Trots-

ky—y puede permitirse el lujo de tener dos corresponsales de guerra.

Decidimos que yo hiciese viajes por el frente y que Torsky mandara al periódico sus artículos desde París. Este arreglo era tanto más natural como que Trotsky por aquella época conocía muy poco el francés, y durante sus visitas al frente la policía francesa le hubiera podido tomar por un espía.

Al poco tiempo Trotsky entró en la redacción de un periódico ruso, *Nuestra Palabra*, que publicaba en París un grupo de emigrados políticos. Algunas semanas después de su ingreso se apoderó completamente de este periódico, convirtiéndose en su director de hecho. Inmediatamente dió a la hoja un carácter internacionalista francamente antimilitarista. Discutía desde él con los socialistas patriotas, a quienes acusaba de traicionar los ideales revolucionarios. En plena guerra, en la capital de Francia, que sacrificaba diariamente millares de vidas humanas en su penosa lucha contra los alemanes, Trotsky gritaba todos los días desde las columnas de aquel periodiquito: «¡Abajo la guerra!» La cosa era demasiado atre-

vida. Los Maurice Barrés. Leon Daudet y demás reaccionarios franceses, no tardaron en denunciarlo y en reclamar medidas de represión contra *Nuestra Palabra*.

El periódico era muy pobre y se veía obligado todos los días a pedir socorro a sus poco numerosos lectores de la colonia rusa. A veces carecía hasta del dinero necesario para pagar a los cajistas. Ni Trotsky ni casi ninguno de sus colaboradores, cobraban nada. Algunos de ellos, no teniendo medios para pagar la casa, dormían en las «oficinas de la redacción», es decir, en la única habitación que había, destinada a redacción, a administración e imprenta. Ciertos admiradores del periódico entre ellos Chicherin, el actual ministro de Estado con Lenín, le sostenían con sus medios, permitiéndole así vivir.

A fines de 1915, la situación de la colonia rusa, que contaba con decenas de millares de personas, se hizo muy penosa. El Gobierno francés dispuso que los rusos ingresaran como «voluntarios» en las filas del ejército francés, o de lo contrario que volvieran a su país para incorporarse a las tropas rusas. Pero la mayor parte eran emigrados

políticos, perseguidos por el zarismo. Al regresar a Rusia hubieran sido metidos en la cárcel o deportados a Siberia. Por otro lado, los súbditos rusos que ingresaron en las filas del ejército francés, eran mirados por sus jefes como revolucionarios. Se les metía en la famosa «legión extranjera», donde les maltrataban del modo más cruel. Muchísimos rusos fueron fusilados por los Consejos de guerra, so pretexto de desobediencia.

Como era natural, los rusos de París no podían manifestar ningún entusiasmo por el servicio militar en Francia en tales condiciones.

Tampoco tenían la posibilidad de volver a Rusia. Y el Gobierno francés, así como toda la prensa reaccionaria, les declararon la guerra, persiguiéndoles de mil modos.

Entonces la colonia rusa, representada por todas sus organizaciones de carácter político y económico, confió la defensa de sus intereses a un Comité ejecutivo de cinco miembros. Trotsky y yo formamos parte de este Comité y trabajamos juntos hasta su expulsión de París a fines de 1916.

Tengo que decir que Trotsky demostró en su nuevo cargo una gran energía. Siempre prefería una táctica agresiva, olvidando que estábamos en

plena guerra, en país extranjero, a merced de la policía, que podría expulsarnos a cada momento y anular de este modo toda nuestra obra.

En aquella época vivía ya con su familia en un pisito modesto de la calle Oudry, en el Barrio Latino. Me acuerdo de un detalle muy característico de Trotsky. Una vez yo y otro miembro del Comité le visitamos para leerle un llamamiento *A la opinión pública* francesa, que yo había escrito por encargo del Comité. Tomando el tradicional te ruso, discutimos unos párrafos del llamamiento. Por fin llegamos a un acuerdo: Trotsky introdujo unas enmiendas y aprobó el documento. Pero al final dijo con mirada pensativa:

—Todo eso está muy bien, pero a estos canallas habría que hablarles otro lenguaje.

—¿Cuál?

Trotsky tardó en contestar y quedóse un largo rato absorto en sus pensamientos.

—Estoy seguro —dijo, por fin— estoy seguro de que la guerra enseñará a los pueblos ese lenguaje.

Los dos fuimos nombrados para entablar unas negociaciones en defensa de los rusos cerca de algunos diputados socialistas y otras personas de

influjo. Recuerdo nuestra primera visita al Parlamento francés. Ni es fácil olvidar nunca la mirada de desprecio que Trotsky lanzó a su alrededor, tal que un fanático musulmán en un templo cristiano. Cuando nos introdujeron a un despacho especial, en donde nos esperaban los diputados, yo le presenté a mis amigos Jean Longuet, Ernest Lafont y Marius Moutet, a quienes él no conocía. No sospechaban aquellos señores que ante ellos se encontraba el hombre que, en breve, iba a ser dueño de Rusia.

—¡Bueno!—dijo uno de los diputados con sonrisa burlona.—Siempre los rusos, los terribles rusos. No nos dejan en paz. ¡Hacen tanto ruido!...

Era una broma, pero a Trotsky no le hizo gracia, y empezó a hablar en un francés chapurrado, de que era una vergüenza para el partido socialista francés no protestar violentamente desde la tribuna del Parlamento contra las injusticias que se estaban cometiendo con los rusos.

—Y no solamente con los rusos. En su famosa República de ustedes ocurren muchas cosas verdaderamente canallescas.

El mismo diputado fijó en él una mirada risueña, como un hombre que oye a un niño enfada-

do. Trotsky percibió el sentido de esta mirada, y sus ojos lanzaron rayos de fuego. Entonces el otro cambió de tono y se puso a hablar con toda seriedad. Quizás se había dado cuenta de que aquel ruso de habla apasionada, de voz imperiosa y mirada ardiente, no era un hombre a quien se se podía tratar con ligereza.

Por el verano de 1916, el «dossier» de Trotsky en la policía secreta francesa era ya muy voluminoso. Las denuncias contra él llovían una tras otra. Le consideraban como un hombre peligrosísimo, y el Gobierno tomó la decisión de expulsarle. Su periódico había sido muchas veces suprimido, pero Trotsky seguía publicándole con otros títulos: *Nuestra Palabra* fué sustituído por *Nuestra Voz* y luego por *Nuestra Epoca*. Los espías seguían a Trotsky y le encerraban en un círculo cada día más estrecho.

—Estoy bien guardado—decía él—y no hay miedo de que me ocurra nada malo.

Por fin, en el mes de Septiembre recibió la orden de expulsión.

—¿Pero a dónde puedo yo marcharme?—preguntó Trotsky al jefe de la policía.

—A donde usted quiera.

—¿A Suiza, por ejemplo?

—Si quiere, váyase a Suiza.

Trotsky telegrafió inmediatamente a Zurich y a Berna, pidiendo permiso para entrar en Suiza. Pero el Gobierno helvético, a pesar de todas las instancias de los socialistas suizos, no quiso darle el permiso; estaba ya bastante enterado por la policía francesa de quien era Trotsky, y se negó rotundamente a abrirle sus fronteras.

Inglaterra tampoco quiso acogerle. Y no le quedó otro remedio que venir a España.

Después de ciertas negociaciones con el Consulado español en París, Trotsky recibió la autorización para entrar en España.

—¿Puede usted garantizarme que no seré detenido por la policía española?—preguntó Trotsky al jefe de la policía francesa.

—Eso no depende de nosotros.

—¿Cómo no? Eso depende del informe que dé usted a la policía española.

—No mandamos ningún informe.

Trotsky, como era natural, tenía muy poca confianza en estas afirmaciones.

—Estoy seguro de que van a detenerme en España—decía a sus amigos.

Pero no tuvo más remedio: había que salir de Francia por la única puerta que estaba abierta. De lo contrario, habría sido llevado a un campo de concentración.

La colonia rusa se impresionó hondamente con la orden de su expulsión, y numerosas organizaciones le manifestaron en esta ocasión su simpatía. Como no tenía dinero para el viaje, la colonia le proporcionó una cantidad, que, si no me equivoco, ascendió a mil francos.

Por fin, en los primeros días de Noviembre, Trotsky salió acompañado por un agente, «discretamente», según la expresión de la policía, para Hendaya. Su familia se quedó en París a la expectativa.

A pesar de la promesa del jefe de la policía francesa, el mismo día de la salida de Trotsky la policía española recibió un telegrama de París advirtiéndole que un revolucionario y terrorista muy peligroso, llamado León Trotsky, se dirigía a Madrid.

—Tengan cuidado—venía a decir este telegrama—es un hombre que puede prender fuego en casa de ustedes.

Y la policía española, asustada por esta adver

tencia, tomó sus medidas de precaución.

Lo que sucedió a Trotsky en España, podrá verlo el lector en las páginas siguientes con palabras del propio interesado.

N. Tasin.

Madrid, 1.° de Diciembre de 1919.

MIS IMPRESIONES DE ESPAÑA (1)

I

La cárcel de Madrid—ya ve el lector que no me entretengo en divagaciones—se compone de cinco cuerpos, dispuestos en forma de abanico y de aspecto muy sólido.

Lo más curioso es que a cada nuevo huésped de la prisión se le hace la siguiente pregunta: «¿Quiere usted una habitación de una peseta con cincuenta céntimos, de setenta y cinco céntimos diarios, o... una habitación gratis? Si el recién llegado no se halla completamente libre de las tendencias maximalistas y contesta que ni siquiera gratis desea hospedarse en la cárcel, se le explica que la libertad de elección no llega hasta ese punto.

La habitación de una peseta con cincuenta céntimos tiene dos ventanas, provistas de unas cor-

(1) Artículos publicados por Trotsky en el periódico ruso de París *Le Debut*. (Diciembre de 1916).

tinillas de indiana, para que no ofendan la vista las férreas rejas que la guarnecen. Sobre el suelo de piedra se extiende una alfombra en la que han escupido dos generaciones enteras. Cada uno en una esquina, hay dos armaritos de cristales; un Cristo sobre la mesa; ante ésta, una silla que casi parece un sillón; pero todo esto lo estropea la puerta, cerrada con un candado solidísimo y en tridente.

El lector adivinará por estas líneas que he tenido ocasión de estudiar «por dentro» la cárcel de Madrid. He tenido, en efecto, el honor de pasar tres días en ella.

A pesar de mi internacionalismo, yo era nacionalista en lo que atañe a las prisiones: pensaba que las rusas, por las que había pasado, me bastaban, y que no tenía nada que hacer en las españolas. Pero me equivocaba. «El desarrollo del cambio internacional», de que habla el programa del partido socialista, ha dado lugar a una comunión estrecha entre los pueblos y les ha conquistado a los socialistas rusos el derecho de hospedarse hasta en las cárceles de Castilla. Verdad es que entre «el desarrollo del cambio internacional» y mi detención en Madrid no hay ninguna

relación lógica; pero la Policía y la Lógica son dos cosas que no siempre se hallan de acuerdo.

—¿Por qué me han detenido ustedes, señores?—fué la primera pregunta que les dirigí a los representantes del Olimpo policíaco en Madrid.—Hace tres días que estoy en España. No hablo ni una palabra de español. No he publicado ni una línea en España. Sólo he visitado los museos y las iglesias. Me parece que no hay motivo para acusarme de actos peligrosos para las bases sociales del país de ustedes; pero eso no impide que ustedes me detengan. ¿Por qué?

Tan sencilla pregunta puso en un aprieto a los policías. Buscaban las razones de mi detención y hacían suposiciones nada convincentes, a mi juicio. Uno de ellos invocó las dificultades que el gobierno ruso ponía a los extranjeros que pretendían entrar en Rusia; de manera que se me hacía a mí responsable de la estupidez de los ministros de mi patria. Otro se dolía de las dificultades con que la Policía española tropieza en su lucha contra los anarquistas.

—¡Si usted supiera el dinero que nos cuesta perseguir a los anarquistas!

—Usted perdone—objeté yo—. ¡Yo no puedo

ser responsable, al mismo tiempo, de los actos de la Policía rusa y de los anarquistas españoles!

—Claro, tiene usted razón; pero...

—¡Pero me han detenido ustedes!

El jefe de los policías meditó un instante y, a quemarropa, me preguntó:

—¿Cuáles son sus opiniones políticas?

Yo se las expuse de la forma más popular que me fué dable.

—¿Ve usted?—exclamó—¡Sus ideas polític son demasiado avanzadas para España!

No crea el lector que esto es una parodia, una caricatura; transcribo la conversación textualmen te. El policía pronunció, tal como yo la cito, es clásica frase: «Sus ideas políticas son demasiad avanzadas para España.»

—Pero—le repliqué—aparte de que hasta es momento no ha conocido usted mis ideas, es deci no las han conocido ustedes hasta después de d tenerme, sabrá usted que no basta tener «ide avanzadas», sino que hay que expresarlas «en u forma contraria a la ley», etc., etc.

Nuestro diálogo se prolongó sin ningún resul tado; la orden de mi detención estaba firmada.

En fin, el jefe ordenó a uno de los agentes qu

me habían detenido que me tratasen como a un «caballero», que me diesen en la cárcel buena habitación, etc.

A media noche fuí llevado a la cárcel.

El agente, que había recibido cinco pesetas de recompensa, se bebió en seguida algunas copas de vino y se puso de muy buen humor. Desarrolló un gran celo en el cumplimiento de las instrucciones del jefe. Me daba amistosos golpecitos en el hombro, guiñando picarescamente su único ojo (el otro lo había perdido en la guerra de Cuba), y me ofrecía cigarrillos, manifestándome que le eran muy simpáticos los aliados en general, pero principalmente los rusos. Sentado junto a mí en el coche que nos conducía, intentaba de vez en cuando darme un abrazo. En fin, mandó al cochero hacer una parada a la puerta de una taberna y pidió vino puro para nosotros dos.

—¡Yo pago! —gritaba.—¡Este señor es amigo mío!

Sin falsa modestia he de declarar que he descubierto en mí una capacidad que me era por completo desconocida: la de conquistar el corazón de los agentes españoles. Al menos, tres de ellos me ofrecieron su amistad en seguida. Pero

no termina aquí el capítulo de mis aventuras españolas.

II

Y he hablado, en el artículo precedente, de la cárcel. La división de los presos en tres categorías, según lo que pagan, me pareció de un impudor escandaloso, sobre todo cuando me enteré de que los presos de «primera clase» disfrutan de un paseo diario de dos horas y pueden recibir todos los días la visita de su familia, mientras que aquellos que no pagan sufren no pocas restricciones en lo uno y en lo otro. Pero, al fin, esto es lógico; no puede existir una igualdad ficticia para los presos en una sociedad basada toda ella en la desigualdad. Además, haciéndoles pagar el hospedaje a los presos más ricos, el gobierno español enriquece la Hacienda pública, que en España, como se sabe, suele tropezar con más dificultades que en otros Estados europeos.

El subdirector de la cárcel, y también el cura del establecimiento, me manifestaron su compa-

sión y censuraron duramente al Ministerio «liberal» del conde de Romanones.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!—me decía el cura.

En verdad, la paciencia me hacía a veces mucha falta. Cuando quisieron tomarme las medidas dactiloscópicas me negué a someterme a tal operación y ensuciarme las manos. Tras largos titubeos y deliberaciones, los guardianes se apoderaron de mis manos (sin que yo opusiese ninguna resistencia) y efectuaron ellos las manipulaciones precisas. Pero cuando me propusieron que me descalzase, para hacer con mis pies la misma operación, yo me negué de un modo enérgico. Como resultaron inútiles sus tentativas de persuasión, no insistieron y dejaron mis pies en paz.

Desde la cárcel le dirigí una carta al ministro de la Gobernación, en la que le hacía ver lo innoble de la conducta policíaca.

«Ayer—le escribí, entre otras cosas—un agente de Seguridad me manifestó en la cárcel que debo abandonar España, y se empeñó en que le declarase en seguida a qué país quería marcharme. Pero actualmente no puedo marcharme a ninguna parte sin el permiso previo del gobierno de la nación adonde quiera ir. Después de mi de-

tención en Madrid tropezaré aún con más dificultades para partir, puesto que nadie, señor ministro, nadie en Europa, ni en el resto del mundo, querrá creer que he sido detenido en Madrid sin ningún motivo razonable.»

Al día siguiente me pusieron en «libertad». El agente tuerto, el que me había hecho el día de mi detención su declaración de amor, me dijo a la puerta de la cárcel que yo sería conducido aquella misma tarde a Cádiz.

¿Por qué a Cádiz?

Consulté el mapa de España. Cádiz se encuentra en el extremo sudoeste de la península sudoeste de Europa. De modo que, después de haberme trasladado de Berezov (en la Siberia) a Petrogrado, y de haber pasado luego por Viena, París y Madrid, se me obligaba a dirigirme, a través de la península ibérica, a Cádiz, a donde se acaba el Continente y empieza el Océano.

Los agentes que me escoltaban no se andaban con tapujos respecto a mi viaje: a todo el que les interrogaba (lo que hacía no poca gente, pues el día anterior había aparecido en la Prensa la noticia de mi detención) le referían gustosos, sin omitir detalle, mi historia. En sus relatos me trataban

muy bien. Y todos, para consolarme, me aseguraban que el clima de Cádiz era delicioso.

—Nunca hubiéramos detenido a este «caballero» —decían los agentes,— si el jefe de Seguridad no hubiera recibido un despacho de la Policía francesa, concebido en los siguientes términos: «Hace tres días salió para España un agitador peligroso... anarquista... terrorista... León Trotsky... Se dirige a Madrid.»

Yo estaba seguro de que un telegrama misterioso había jugado un papel importante en mis desventuras españolas. Ahora tenía la prueba decisiva. Acaso los títulos de anarquista y terrorista hubieran sido añadidos por el agente para mayor belleza del estilo; pero no cabía duda de que el telegrama había sido redactado en términos comprometedores, con alusiones a las tendencias anarquistas y subversivas.

Sea como quiera, el Gobierno español hizo que me llevaran a Cádiz. A este propósito, y por lo que valga, apuntaré un detalle del espíritu práctico de las autoridades españolas: la policía me propuso que adquiriese el billete de ferrocarril para Cádiz, de mi propio peculio. Como yo no tenía el menor interés en ir a Cádiz, donde nada

BIBLIOTECA NACIONA
SECCIÓN FONDO GENERAL

se me había perdido, no juzgué necesario pagar el billete de mi bolsillo, tanto más, cuanto que ya había enriquecido al Tesoro español con cuatro pesetas y media, importe de tres días de «pensión completa» en la cárcel.

Los agentes se hicieron cargo de la razón que me asistía, y por fin recibí un billete para Cádiz sin pagar un céntimo.

El jefe de Policía de Cádiz se veía en un aprieto: tenía ante sí una porción de telegramas perfectamente en desacuerdo los unos con los otros. Le ordenaban desde Madrid que me enviase a una República americana que eligiera yo; pero al mismo tiempo le exigían que me hiciera partir «en el primer barco».

Se consultó al gobernador de Cádiz y se decidió enviarme en el primer barco, que salía al día siguiente, para... ¡la Habana! Entonces sí se me ofreció en seguida un billete gratuito. Me vería obligado a hacer el viaje como un preso y a pasar, por lo tanto, de manos de la policía española a manos de la policía cubana.

Protesté. Envié telegramas urgentes al jefe de Seguridad de Madrid, al Ministro de la Goberna-

ción y al señor Romanones, exigiendo que se me permitiese partir libremente para Nueva York.

El jefe de Policía y el gobernador de Cádiz titubeaban y se inclinaban a reconocer mi derecho de no querer irme a la Habana. El Gobierno central reconoció también ese derecho, a lo que contribuyó una interpelación del diputado republicano Castrovido acerca de mi detención y expulsión.

Por fin, se me dió permiso para permanecer en Cádiz hasta el 30 de Noviembre, es decir, hasta la salida del primer barco para Nueva York.

El agente encargado de vigilarme me hizo saber que su abuelo era «grande de España» y poseía una fortuna de cuarenta millones. Pero, como según la frase de Máximo Gorki, «no se puede ir muy lejos en el coche de un abuelo», me vi precisado a obsequiar a aquel descendiente de un «grande» con café, cerveza y tabaco. Aceptó muy agradecido, aunque doliéndose de que yo fumase unos cigarrillos muy flojos. En la biblioteca de Cádiz se sentaba frente a mí, y con una paciencia ejemplar se pasaba las horas muertas escupiendo en el suelo.

Así vivimos hasta la salida del barco.

P. D.—Como el prefecto de Cádiz sólo sabía hablar el castellano, utilizó como intérprete en nuestras conversaciones a cierto alemán, que después he sabido que era... ¡el secretario del Consulado de Alemania! Llamo la atención de los aliadófilos sobre el hecho.

L. Trotsky.

(Traducción de N. Tasin.)

TROTSKY Y LA INTERNACIONAL

La guerra y su liquidación, han planteado ante el mundo socialista una serie de problemas importantes. La segunda Internacional ha salido del gran conflicto mundial herida de gravedad, dislocada, desunida y hasta algunos creen que ha muerto y que nada podrá ya resucitarla.

Entre los que piensan esto último, se encuentran en primer término, como es natural, los bolcheviques rusos, que no quieren ni oír hablar de la segunda Internacional. Por eso, rehusaron su participación en la Conferencia socialista de Berna y condenan todas las tentativas encaminadas a «galvanizar el cadáver».

En este aspecto es interesante fijar la atención en las declaraciones de Trotsky, últimamente insertas en sus escritos y formuladas en sus discursos, que son en resumen un verdadero «de profundis» entonado junto a la tumba de la segunda Internacional.

Bien muerta está, dice Trotsky. Es un hecho trágico que no puede ocultarse más que a los ciegos. Los partidos socialistas de los dos grupos beligerantes, han capitulado vergonzosamente, en 1914, ante el imperialismo y el militarismo.

La gran guerra ha sido un rudo golpe para el principio nacionalista. Los partidos socialistas de la época que termina también eran nacionalistas; por sus organizaciones, por su actuación y aun por su mentalidad, estaban como incrustados en los cuadros del Estado nacionalista. Defendían a éste, en efecto, cuando, al buscar campo para la expansión de sus fines imperialistas, destruía las barreras nacionales. Así, los Estados nacionalistas, al hundirse, han arrastrado en su caída a sus respectivos partidos socialistas. La prueba más palpable está en Alemania y Austria-Hungría.

Pero esto no significa en modo alguno la muerte del socialismo,—se apresura a declarar Trotsky—sino el derrumbamiento tan sólo de una de sus formas históricas. El socialismo se despoja de su antiguo caparazón para comenzar una vida nueva. Esa envoltura está constituída por toda una generación de revolucionarios que han trabajado con abnegación durante el último

período de reacción política y que, desgraciadamente, estaban contagiados por hábitos y concepciones de oportunismo y de posibilismo nacional.

Todas las tentativas orientadas en el sentido de salvar a la segunda Internacional edificada sobre los fundamentos antiguos, utilizando métodos de diplomacia personal y concesiones mutuas, serán completamente ineficaces; los cadáveres no resucitan más que en la mitología. Una nueva corriente se abre paso a través de todos los obstáculos, y ni barreras ni diques de cualquier género podrán detener ese torrente arrollador.

Del mismo modo que los Estados nacionalistas dificultan el desarrollo de fuerzas productivas, los antiguos partidos socialistas, contagiados de nacionalismo, han llegado a ser obstáculo para el movimiento revolucionario de las masas laboriosas. Fatalmente habían de descubrir su espíritu atrasado, sus medios de acción, estrechos y mezquinos, y, durante la guerra, ponen de manifiesto, ante el proletariado mundial, todo el horror y toda la vergüenza de las discordias nacionalistas. Y esto, no solamente de modo fatal, sino que también era necesario y útil, ya que el descrédito de la segunda Internacional ha abierto los ojos a

las clases oprimidas; la decepción cruel les ha enseñado que deben tomar en sus propias manos la causa de su emancipación de los errores y de las costumbres del período preparatorio. El derrumbamiento de la segunda Internacional ha apartado del camino histórico del proletariado todos los obstáculos; y solamente ahora puede cumplir íntegramente su labor,—que es la de una clase revolucionaria que lucha contra las injusticias y enarbola muy alto su bandera roja.

Aun formulando un acta de acusación muy severa contra la segunda Internacional, Trotsky reconoce que fué muy útil y desempeñó un inmenso trabajo, sin ejemplo en la historia de la humanidad. Ella educó y cobijó bajo sus banderas a las clases oprimidas. El proletariado no tiene por qué rectificar ahora el camino recorrido y no le queda otro medio que continuar su marcha triunfante, si bien con paso más enérgico y las armas mejor templadas. No sale con las manos vacías de la escuela que fué para él la segunda Internacional, que le dió un rico arsenal de ideas. Ella le entregó el arma de la crítica—la nueva época le enseñará a combinar «el arma de la crítica con la crítica de las armas».

Esta nueva misión histórica, incumbe a la tercera Internacional, que será la «de la lucha y de la victoria final». Los verdaderos socialistas, deben emplear todos sus esfuerzos para el advenimiento de esta nueva época. No deben tener tiempo, ni tienen derecho, para emplearse en sentimentalismos, para llorar al difunto; su deber es dejar en condiciones el lugar para el recién nacido; apartar de su camino todos los obstáculos, atender a su crecimiento y desarrollo.

Trotsky termina haciendo un llamamiento enérgico a todos aquellos que están dispuestos a desembarazarse de los antiguos prejuicios y adherirse sin reservas a la tercera Internacional. Pero, entretanto, sus llamamientos, lo mismo que los de otros bolcheviques rusos, no encuentran más que un eco relativamente débil. Aún numerosos socialistas-internacionalistas de la izquierda (como Jean Longuet en Francia; Mac Donald en Inglaterra; Troelstra en Holanda) se oponen a la inmediata reunión de un Congreso socialista que sirviera de base a la tercera Internacional, porque están persuadidos de que la segunda Internacional puede aún reportar utilidad, y que es demasiado pronto para enterrarla. En cambio, los par-

tidos socialistas italianos, suizo, serbio, rumano, así como las minorías socialistas de algunos otros países, renuncian categóricamente a «galvanizar el cadáver» y, de acuerdo con la resolución del partido suizo, votada en 3 de junio último, creen «que un abismo infranqueable se ha abierto entre los socialistas de la antigua Internacional y los partidarios de la nueva».

La gran batalla entre estas dos concepciones se librará en el próximo Congreso socialista designado por la última Conferencia de Amsterdan para el mes de febrero de 1920. Puede preverse que la lucha será encarnizada, sobre todo si los bolcheviques rusos toman parte en ella.

BIBLIOTECA NACIONAL
27 JUN. 1962
Secc. Control y Cat.